

Palán-Palán

Para una estética del contagio

Hace unos meses Alberto Feijóo volvió a instalarse en Alicante. En su ciudad natal se encontró con unas extrañas florcitas amarillas que proliferaban en distintos rincones de las calles, filtrándose por los intersticios más inesperados. “Una especie originaria de la Argentina y Bolivia, (que) se ha naturalizado en muchas regiones gracias a sus tasas elevadas de fructificación, al cuajado y viabilidad de las semillas y a su habilidad para autopolinizarse, tolerando una gama amplia de condiciones ambientales”. Es precisamente la capacidad de adaptación del Palán-Palán lo que fascina a Alberto, su versatilidad omnívora y su potencia invasora. Mi fantasía es que, al tropezarse con ella, se sintió reconfortado: ese ser ajeno, forastero, que habitaba cómodamente su ciudad, representaba la posibilidad de una resignificación de lo familiar y a la vez un modelo del que aprender. De alguna manera esa presencia botánica exótica, mirada con indiferencia por la mayoría, se convirtió en una herramienta para lidiar con la incomodidad de volver a casa siendo otro, y con el desconcierto de no reconocerse en ese viejo mundo. A la planta invasora se debía el sosiego de saberse acompañado en esa extrañeza, en esa condición de forestaría, y a la vez la certeza de poder encontrarse con lo ajeno y lo imprevisible incluso en su ciudad natal. Porque en definitiva esta exposición de Feijóo se configura como una ambiciosa reflexión sobre la identidad. Una identidad inevitablemente híbrida, cambiante, atravesada por otros y por una multiplicidad de referencias que se materializan en un sin fin de imágenes estratificadas.

Afin al Palán-Palán en su modo de proceder, Alberto rescata y recombina imágenes de manera voraz e intuitiva, por asociación libre, para luego modificarlas y complejizarlas. El interés exquisitamente contemporáneo por las superposiciones, las mezclas, las combinaciones espontáneas, refleja la modificación en la estructura cognitiva del sujeto digital y se traduce en una consigna ineluctable. Es sin miedo que el artista abraza la confusión de signos y significados, como cuando desliza en unas carpetas plásticas una serie de stickers sueltos, símbolos errantes y pobres, libres de esconderse recíprocamente y de combinarse aleatoriamente. En algunos de ellos se lee “Alberto Feijóo”, por momentos asociado a la gráfica de la marca Adidas, por otros, a la de Google o de la metropolitana de Londres. En ese juego combinatorio aparece la posibilidad de una subjetividad mutante, múltiple, de un disfraz sí lúdico, pero a la vez íntimamente ligado a una sociedad fluida, marcada por una “desorientación ecuménica”¹ frente a las infinitas posibilidades del ser y la ubicuidad de los símbolos.

En la serie “Masks” unas placas de metacrilato ocultan parcialmente algunos detalles de las fotografías que protegen, revelando otros por contraste, en dirección de una distorsión perceptiva que cuestiona el acto mismo de observar. Los ojos sintéticamente trazados en las superficies plásticas nos restituyen nuestra mirada, a la vez que nos permiten acceder a un contenido latente. Así funcionan los disfraces, como artificios transformadores pensados para disimular la identidad, membranas sutiles entre el adentro y el afuera, el yo y el otro.

Sin embargo, es a través de la relación con diferentes otredades que Feijóo encuentra la posibilidad de una autodefinición: por oposición, por afinidad, por mera proximidad. En línea con el espíritu Palán-Palán, la galería Jorge López abre sus puertas a distintas “invasiones”, apariciones inesperadas de obras ajenas: en algunos casos los invitados son amigos, en otros, artistas admirados, en otros aún, la elección es casi aleatoria. En todo caso, el encuentro enriquece ambas partes y esclarece las intenciones recíprocas: Alberto se propone el desafío de mirarse a través del otro, desentrañando en breves textos el vínculo que lo une a quien cohabita su espacio. Al difuminarse el límite entre el yo y el otro, también se complejizan las nociones de autoría y de propiedad: la relación intercambiable entre todos y la resignificación mutua hace a la exposición y, más en general, al sistema, incluso en términos de valor simbólico. Y es justamente la noción de valor y las convenciones del sistema artístico que son desafiadas por Feijóo con la intrusión de objetos comunes en el espacio de la galería: en una mesa se ofrecen al público llaveros de distintas formas como objetos de merchandising, ulterior referencia a la propiedad entendida como proyección exterior del yo, así como primer síntoma de una construcción identitaria definida.

Entre otros símbolos, aparece una mariposa. Dice Didi-Huberman: “el ser que mariposea hace al menos dos cosas: para empezar, palpita y se agita convulsivamente, su cuerpo va y viene sobre sí mismo, como en un baile erótico o en un trance. Luego, el ser que mariposea yerra y se agita al tuntún, arrastrando su cuerpo de aquí para allá en una especie de exploración inquieta, en una especie de búsqueda de la que decididamente ignora cuál es el objetivo final. En esta danza hay algo de la inestabilidad fundamental del ser, una huida de las ideas, un poder absoluto de la libre asociación, un mandato del salto, una ruptura constante de la solución de la continuidad”. Con su merodeo delirante, aparentemente insensato e improductivo, la mariposa se convierte en metáfora de una inteligencia dispersa, capaz de construir a partir de la concatenación de singultos sucesivos. Y así procede Alberto cuando, organizando modularmente una hojas A4 teñidas de amarillo Palán-Palán, reconstruye un tríptico de imágenes apropiadas: los perfiles de las figuras se completan gracias a la repetición de las impresiones caseras, de fácil reproducción y circulación, capaces de multiplicarse y de trasladarse con la misma agilidad que la planta invasora. No diversamente de los llaveros y de los stickers, su materialidad esencial declara la precisa intención de acercar la producción artística

a la experiencia cotidiana. Es de nuevo a partir del contagio y de la unión de las partes que se precisa la forma monocroma, interrumpida únicamente por figuras impresas en papel fotográfico, últimas supervivientes frente al avance de la imagen pobre. Como los píxeles en la pantalla digital, las obras de Alberto viajan rápido, se reproducen frenéticamente generando sentidos a través de la suma de unidades, invaden los soportes e incluso los objetos cotidianos, como en el caso de los asientos que diseminan la galería, arrasando con los límites entre lo alto y lo bajo. Al navegar la web se encuentra la biografía de Feijóo, quien se describe a sí mismo como “coleccionista, acumulador, aprendiz” y, solamente en última instancia, “artista visual”. Es en esta multiplicidad y en ese vagabundeo semántico donde su deseo encuentra forma: en la actitud omnívora como constitutiva de un yo poroso, cuya esencia se encuentra precisamente en la fluctuación permanente y en la inestabilidad elegida como recurso vital.